

La fuerza para seguir transformando

Documento político de debate

Sept '23

Podemos

Índice

Resumen Ejecutivo	3
1. Diagnóstico	5
1.1 Del bipartidismo a los bloques	5
1.2 La coalición	8
1.3 Las derechas.....	10
1.4 El feminismo.....	13
1.5 La crisis ecológica, la justicia social y la nueva economía	16
1.6 La nueva realidad internacional multipolar, la paz y el lugar de España en el mundo	20
2. Podemos, la fuerza que transforma.....	23
2.1 Podemos es una forma de hacer política.....	23
2.2 El horizonte republicano.....	24
2.3 Podemos ante la nueva etapa.....	25
2.4 El protagonismo militante y de la sociedad civil	26

Resumen Ejecutivo

En sus casi diez años de historia, Podemos se ha convertido en una fuerza política determinante para la transformación de nuestra sociedad. En esta década hemos pasado de un sistema político muy estable y con fuertes alianzas con el poder económico, judicial y mediático, **el bipartidismo**, a un nuevo sistema de bloques. Para alcanzar esta situación, en la que el PP y VOX tienen muy difícil llegar al Gobierno del Estado frente al bloque democrático y plurinacional, Podemos ha tenido que trabajar muy duro, primero impidiendo un Gobierno de Albert Rivera con Pedro Sánchez, después impulsando una moción de censura que evidenció que M. Rajoy ya no tenía los apoyos con los que llegó a la Moncloa y, en tercer lugar, permitiendo un Ejecutivo monocolor de Sánchez. En 2019 resistimos una presión mediática y política sin precedentes, totalmente en solitario, para defender que nuestra fuerza política y los millones de ciudadanos y ciudadanas a los que representa tenían derecho a gobernar en el Estado. Tras dos convocatorias electorales logramos vencer la negativa del PSOE, conformamos el primer Gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia y hemos sido el motor de las mejores transformaciones que ha vivido este país en décadas: la nueva generación de derechos feministas, la subida del SMI, el tope al gas, el escudo social, el ingreso mínimo vital, la rebaja en el transporte público, los nuevos permisos de cuidados o la primera ley de vivienda de la democracia, entre muchas otras.

Ahora, en estas últimas elecciones generales de 2023, hemos logrado impedir que gobiernen las derechas gracias a una movilización social comprometida con la democracia y, en lo que respecta a nuestro espacio político, gracias a la enorme responsabilidad de Podemos garantizando una coalición electoral con Sumar a pesar de que se nos han impuesto unas condiciones que no se le pedirán nunca a ninguna otra fuerza política. Sin embargo, no hemos cumplido los objetivos que nos marcamos en nuestra IV Asamblea Ciudadana: ampliar el espacio político y ser la fuerza mayoritaria de Gobierno, para impulsar con más fuerza las transformaciones que nuestro país necesita. Este fue el motivo que nos llevó a proponer a Yolanda Díaz como candidata quien, sin embargo, nos ha llevado en estos años a un proceso de “unidad electoral” duro y profundamente injusto que no ha cumplido con las expectativas y ha derivado en una pérdida de votos y escaños. Es por ello que nos enfrentamos a un momento difícil pero muy importante como organización política y, en consecuencia, hemos decidido abrir un proceso de reflexión para fijar la nueva hoja de ruta en esta nueva etapa.

La gente de Podemos tenemos una enorme responsabilidad en este contexto: la de cuidar nuestra forma de hacer política, que ha demostrado los mayores éxitos de la izquierda en décadas –incluso a pesar de la guerra judicial y mediática contra nuestra formación política–; la responsabilidad de cuidarnos las unas a las otras y de sostener una forma de hacer política que es en equipo, sin ponerse de perfil, porque lo importante nunca se consigue dejando caer a quien se pone en primera línea y, sobre todo, porque se consigue siempre juntas, en común. Tenemos también la responsabilidad de proteger nuestra autonomía como fuerza política y nuestra capacidad de tomar decisiones.

A través de este documento, que será debatido y modificado por las y los militantes e inscritas e inscritos, nos proponemos acordar la hoja de ruta de Podemos para este tiempo, con el horizonte de hacer del feminismo, el ecologismo, el republicanismo y la justicia social nuestras señas de identidad, así como con el objetivo de seguir transformando nuestra sociedad en un sentido progresista, política y culturalmente. Hoy, más que nunca, queremos ganar para transformar. También queremos que esta nueva etapa esté marcada por un claro protagonismo militante, el mayor tesoro que tiene esta organización y por un trabajo aún más estrecho con los movimientos y organizaciones sociales, así como con nuestros aliados de la mayoría progresista y plurinacional.

Introducción

Desde nuestra cuarta Asamblea Ciudadana celebrada hace dos años, en la que un equipo de mujeres jóvenes y feministas tomó las riendas de Podemos, muchas cosas han cambiado en el tablero político general y en el ámbito de la izquierda en particular. Muchos acontecimientos de calado han tenido lugar y muchas nuevas preguntas que necesitan una respuesta clara han aparecido. Por ello, es vital abrir un proceso de debate colectivo a lo largo y ancho de toda la organización para construir una nueva hoja de ruta, actualizada a los nuevos tiempos, que nos permita tener claros el horizonte, los objetivos y las tareas, y que nos sirva de mapa, brújula y timón.

Este documento político es la propuesta de la dirección de Podemos al conjunto de la militancia para iniciar esa conversación. Todos los elementos que aquí figuran están abiertos al debate y sujetos a enmiendas. A lo largo del proceso, mediante el diálogo en innumerables asambleas por todo el Estado, queremos que esta propuesta inicial evolucione y mejore, recogiendo toda la inteligencia colectiva de las bases de Podemos; esas que nunca han equivocado el rumbo, ni siquiera en los momentos más difíciles; esas que dijeron que no a un Gobierno de Rivera con Sánchez, que dijeron sí a la moción de censura a M. Rajoy y también al primer Gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia, cuando el único actor político que lo defendía se llamaba Podemos. Vivimos de nuevo un momento decisivo, en el que hay que tomar decisiones muy importantes y tenemos que hacerlo como lo hemos hecho siempre: juntas y mediante el método democrático.

1. Diagnóstico

1.1 Del bipartidismo a los bloques

El sistema político español surgido a raíz de la Transición estaba conformado por dos grandes partidos, el Partido Popular y el PSOE que, en alternancia y apoyados por los entonces dos grandes partidos vasco y catalán, el PNV y CIU, han gobernado este país durante cuatro décadas, conformando lo que llamamos **bipartidismo**. Ese período de estabilidad política nace de una serie de pactos tácitos y también explícitos con determinados poderes que no experimentaron una verdadera transición a la democracia: la monarquía elegida para la Jefatura del Estado por el dictador, las grandes empresas construidas al calor del franquismo, el poder judicial y los altos mandos de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, y la sumisión en política exterior

a los mandatos de EE. UU. Todo ello amalgamado gracias al consenso absoluto que generó el que posiblemente sea el oligopolio español con mayor poder real: el mediático. Un sistema, el bipartidista, que logró gobernar durante mucho tiempo España sin dar respuesta, y en muchas ocasiones profundizando, a algunos de los grandes problemas de nuestra sociedad: una grave desigualdad social y de género, la existencia de una minoría de privilegiados a nivel económico que no es responsable con su país, una profunda crisis territorial o la falta de democracia y transparencia en los poderes del Estado.

La crisis financiera, que comenzó en los EE. UU. como resultado del fracaso de la especulación financiera sin límite y que en España tuvo su causa principal en el estallido de la burbuja de la vivienda, trajo a nuestro país una difícil situación económica que, el PSOE primero y el PP después, resolvieron por la vía de los recortes en los servicios públicos –la sanidad, la educación, la dependencia, la lucha contra las violencias machistas–; y también en pensiones y derechos laborales. En el caso de la derecha, además, añadieron una amnistía fiscal a los más ricos y las leyes mordaza, para perseguir y criminalizar la protesta.

En ese contexto social y político, el 15 de mayo de 2011, España despertó. Millones de personas salieron a las calles, ocuparon las plazas y empezaron a organizarse para cambiar todo lo que necesitaba ser cambiado. Muchas de las reivindicaciones que jóvenes y no tan jóvenes gritamos en aquel momento siguen hoy plenamente vigentes. España necesita una banca pública para no seguir siendo mercancía en manos de banqueros. El PSOE y el PP siguen llegando a grandes acuerdos en temas centrales, como la no renovación del CGPJ, el reparto bipartidista de RTVE, alimentar la guerra en Ucrania con el envío de más armamento, aumentar el gasto militar o mantener una política migratoria que no respeta los derechos humanos.

La corrupción sigue siendo –12 años después– la forma de gobierno del Partido Popular, la ley electoral sigue necesitando una reforma profunda para ser representativa y mucha gente en España sigue “sin casa, sin curro, sin pensión y sin miedo”. Al calor de aquellas movilizaciones del 15M nació Podemos en 2014, en el Teatro del Barrio, liderado por un profesor de universidad con coleta que salía en la tele: Pablo Iglesias Turrión. Y aquellas elecciones europeas en las que el bipartidismo empezó a morir fueron la primera vez que muchas de nosotras votamos con ilusión.

Después de las europeas, Podemos y las confluencias se presentaron a sus primeras elecciones generales el 20 de diciembre de 2015 y obtuvieron 69 diputados y diputadas, casi el mismo resultado que el PSOE, y volvieron a conseguir un resultado similar en la repetición electoral del 26 de junio de 2016. Prácticamente con los mismos números entre bloques que existen actualmente, el PSOE, en vez de intentar gobernar, se abstuvo para que Mariano Rajoy continuara como presidente del Gobierno y se partió en dos en un espectáculo retransmitido por el oligopolio televisivo. Hasta ese punto querían impedir que gobernase Podemos. Durante toda esa legislatura,

Podemos trabajó para que la mayoría democrática y plurinacional que existía en el Congreso de los Diputados se convirtiera en un bloque de dirección de Estado con conciencia de sí mismo y con capacidad para gobernar nuestro país. En 2017, Podemos impulsó una moción de censura que no salió adelante, pero que consolidó a Irene Montero como una líder indiscutible de nuestra fuerza política y que evidenció que el PP ya no tenía los apoyos con los que había llegado al Gobierno.

En ese mismo año se despliega con mayor intensidad el procés en Catalunya y el 1 de octubre marca un antes y un después. La criminalización de miles de personas que recibieron porrazos como respuesta a su deseo de ver garantizado el derecho a decidir deja una marca indeleble en la memoria de todos y todas las demócratas. Además, el discurso del 3 de octubre del rey Felipe VI revela que la monarquía tiene cada vez más dificultades para hablar a un país plurinacional y diverso, y mayor tendencia a identificarse con la agenda de las derechas. El proceso de judicialización del conflicto catalán continuó con el encarcelamiento y exilio de los líderes independentistas, y todavía hoy necesita una solución valiente y democrática.

Finalmente, y tras los escándalos insostenibles de corrupción de la derecha, el PSOE presenta una moción de censura en 2018 cuyos números teje Pablo Iglesias y que da lugar al primer Gobierno de Sánchez en solitario y a la primera expresión del bloque democrático que conforma la mayoría plurinacional. Después tendrán que celebrarse dos veces más elecciones generales en 2019 para que finalmente se venza la resistencia del PSOE a que Unidas Podemos entre en el Gobierno del Estado, se rompa una cláusula de exclusión histórica que había durado más de 80 años y se construya **el primer Gobierno de coalición desde la recuperación de la democracia**. El bloque democrático marca durante toda la legislatura 2020-2023 la dirección de Estado por primera vez en nuestro país, con Podemos como uno de los engranajes fundamentales de ese bloque. Es importante subrayar que, ahora, es precisamente la organización de un bloque democrático con cierta conciencia de sí mismo lo que garantiza que las derechas tengan muy difícil volver al Gobierno del Estado a corto plazo. Pensamos, por tanto, que esta debe considerarse una de las mayores contribuciones de Podemos a la política de nuestro país.

El resultado de las recientes elecciones generales del pasado 23 de julio arroja al menos dos conclusiones. En primer lugar, el alivio que generó en todas las personas demócratas de este país que la movilización electoral de las mujeres, de los sectores progresistas y muy especialmente de la ciudadanía de Euskadi y Catalunya haya conseguido evitar un resultado que la mayor parte de las encuestas y las cabeceras mediáticas daban por seguro: la victoria del bloque de las derechas y el consiguiente Gobierno de Feijóo con Abascal. De momento no han pasado y eso es una buena noticia para España. Pero, al mismo tiempo, no se puede perder de vista la otra cara de la moneda: han estado a punto de pasar. El bloque de las derechas ha crecido

notablemente en escaños respecto a 2019 y el progresista ha retrocedido, perdiendo la mayoría absoluta que tenía en la legislatura pasada. Hoy no hay mayoría de izquierdas en el Congreso de los Diputados. Hace dos años y medio propusimos a Yolanda Díaz como candidata del conjunto del espacio de Unidas Podemos con el objetivo de ampliar nuestros resultados electorales y aspirar a ser la fuerza mayoritaria del bloque progresista. Lamentablemente las expectativas no se han cumplido.

El hecho de que se haya perdido la mayoría progresista trae además a la nueva legislatura el peligro de que el PSOE esté tentado de formar una suerte de 'Gobierno de transición', una especie de prórroga de la legislatura anterior, y no quiera pelear para sacar adelante ninguna medida de izquierdas en los próximos años. Algo que no solamente sería enormemente perjudicial para la gente trabajadora de nuestro país sino que muy posiblemente serviría para dar alas al bloque de la derecha y conseguir que en la siguiente cita electoral sí puedan formar un Gobierno reaccionario.

En este contexto, Podemos no tiene ninguna intención de rendirse y aspira a seguir siendo no sólo una fuerza de Gobierno con competencias, recursos y peso específico propio, sino el principal motor de las transformaciones sociales, feministas y democráticas más ambiciosas, como ha ocurrido durante la legislatura anterior, desde nuestra autonomía política y dando las batallas como siempre las hemos dado. Porque, y estamos convencidas de ello, esa es la única vía para recuperar una mayoría de izquierdas en el Congreso y aspirar de nuevo a ser la fuerza mayoritaria del bloque progresista.

1.2 La coalición

La primera coalición de la historia democrática reciente se constituye cuando Podemos, con todos los poderes mediáticos en contra y con el PSOE, la progresía mediática y gran parte del espacio político del cambio reclamando un acuerdo programático, logra romper la cláusula de exclusión histórica que decía que las personas que piensan como nosotras no podían formar parte del Gobierno del Estado. Esa resistencia ha continuado siendo visible durante toda la legislatura, cuando Podemos ha tratado de impulsar todos los cambios que la gente de nuestro país necesitaba, al mismo tiempo que el PSOE se resistía reiteradamente a esas transformaciones sociales, feministas, económicas o directamente democráticas.

Podemos ha sido el motor de las mejores medidas de la coalición: hemos construido toda una nueva generación de derechos feministas con la ley solo sí es sí, la ley de trans y de derechos LGTBI y la nueva ley del aborto. Hemos legalizado la eutanasia, hemos garantizado por ley que los pequeños agricultores y ganaderos no tengan que vender a pérdidas y hemos aprobado las primeras leyes de protección animal. Hemos impulsado el tope al gas y la primera ley de vivienda de nuestra democracia, que frena los desahucios, permite regular los precios del alquiler y ampliar el parque público de vivienda.

Hemos promovido la mayor subida del SMI de la historia, la mayor rebaja del transporte público, un nuevo derecho social como el ingreso mínimo vital y nuevos permisos de conciliación, entre muchas otras medidas. Y, muy especialmente, hemos demostrado que se puede gestionar una crisis económica protegiendo a la gente, haciendo que sean los de arriba los que empiecen a apretarse el cinturón.

Pero, además, Podemos ha entendido el Gobierno como un espacio donde la lucha por la transformación estaba plenamente vigente y no como un lugar al que adaptarse cómodamente. Esta forma de entender el 'estar en el Gobierno' nos ha granjeado fuertes críticas de quienes no quieren que nada cambie y de quienes aspiraban a demostrar, con nuestra entrada en el Ejecutivo, que no se podía hacer mucho más de lo que ellos llevaban haciendo décadas. Durante toda la legislatura hemos visto cómo se describía como "ruido" lo que no es sino la justa lucha por políticas valientes y ambiciosas que son, además, las que más valora la ciudadanía de nuestro país, y seña indiscutible de la coalición. Los grandes medios de comunicación y las fuerzas conservadoras dicen que hacemos "ruido" porque saben que decir la verdad y alzar la voz es la condición de posibilidad de cambiar las cosas.

En estos años hemos demostrado que un Gobierno de coalición representa una pluralidad de intereses económicos, sociales y políticos y que, en su seno, sólo puede haber avances si quienes representan las propuestas transformadoras están dispuestos a dar la batalla.

Y esa batalla debe ser dada incluso planteando públicamente las controversias y buscando el apoyo social cuando no se consigue en el gabinete, asumiendo el riesgo de que ese mecanismo de avances sea señalado como "ruido" por los respaldos mediáticos de los aliados. La gente corriente siempre tiene poco que ganar en los despachos a puerta cerrada y mucho que ganar cuando los debates se abren a la calle. Sin "ruido", un Gobierno de coalición es retroceso y asimilación de la fuerza más transformadora a la más conservadora.

También hemos visto cómo, de forma paralela y complementaria al marco mental del "ruido", se construía otra idea que opera para frenar los avances sociales: la "polarización". La "polarización" se ha planteado como una equiparación entre cambio democrático y reacción antidemocrática, como una escala espuria en la que los dos "extremos" son por un lado la justicia social y por el otro el fascismo. La idea de "polarización" así entendida opera para equiparar y meter en el mismo saco a demócratas y a reaccionarios para acabar concluyendo: "ni machismo ni feminismo, ni deportar migrantes ni reforzar la sanidad pública, ni defender a Franco ni defender el ingreso mínimo vital". Opera para plantear que impulsar democráticamente avances sociales y tratar de frenarlos recurriendo a métodos antidemocráticos y a la violencia política son dos caras del mismo problema, dos realidades que hay que rechazar para apostar por "bajar los decibelios" y por que todo siga igual, por el mantenimiento del estado de las cosas, por la pervivencia de todo aquello que necesitamos cambiar. Ni fascismo ni feminismo: bipartidismo.

Esa noción de “polarización” es falsa y enemiga de los avances democráticos. La polarización no es la relación entre el avance y la reacción, entre la justicia social y la defensa de privilegios. La verdadera polarización es la desigualdad. La verdadera polarización es que una persona que vive en un barrio trabajador de una gran ciudad tenga 10 años menos de esperanza de vida que alguien que vive en un barrio rico. Es que los precios de los productos básicos aumenten mientras las grandes empresas baten su récord de beneficios. Es que en España paguen impuestos las familias y las pequeñas empresas mientras las grandes fortunas se van de rositas. Es que las mujeres cobren mucho menos que los hombres por el mismo trabajo. Es que millones de personas no puedan acceder a una vivienda digna como establece la Constitución mientras hay bancos y fondos buitres que acumulan cientos de miles de viviendas vacías para especular. La verdadera polarización es que las tres personas más ricas de España acumulen la misma riqueza que el 30% más pobre. Es que el 1% más rico del mundo contamine el doble que la mitad de la humanidad. Esta es la verdadera polarización que quiebra nuestra sociedad y es la que Podemos va a trabajar para resolver.

1.3 Las derechas

La historia política reciente de nuestro país también ha estado definida por la resistencia de los poderes a los avances y por el repertorio de acciones desplegadas por los adversarios de la mayoría social para frenar y destruir a nuestra fuerza política. En primer lugar, cuando tras el 15M y la irrupción de Podemos el eje que pasó a ordenar la política española en buena medida fue el eje nuevo-viejo, los poderosos decidieron que era necesario crear una “nueva derecha” que se pudiera complementar con un viejo PP desacreditado por la corrupción y también con un viejo PSOE caoba que había aplicado una gestión neoliberal a la crisis de 2008 (en palabras de un importante banquero, crear “un Podemos de derechas”). Esa nueva derecha se llamó Ciudadanos, liderada por Albert Rivera. Ciudadanos, un producto netamente de marketing político dopado por los grandes medios de comunicación, funcionó durante algunos años para tratar de desactivar los cambios democráticos que nuestro país reclamaba, ocupando parte de ese eje de lo “nuevo”, reforzando el nacionalismo español y el gobierno del mercado (es decir, de los ricos), y promoviendo dinámicas de pacto político que podríamos calificar de “extremo centro neoliberal”. Tanto el PSOE –repetidamente– como una parte de nuestro propio espacio político de entonces vieron con buenos ojos esa dinámica, llegando incluso a poner sobre la mesa la formación y el apoyo parlamentario a un Gobierno de coalición PSOE-Ciudadanos. Si esas tesis se hubieran impuesto, el Gobierno de coalición entre el PSOE y Unidas Podemos nunca hubiese existido, Albert Rivera habría sido el vicepresidente de Pedro Sánchez a partir de 2016 y quizás el ciclo político abierto por el 15M se habría cerrado de una vez y para siempre. Por el contrario, fue la resistencia de los inscritos, las inscritas, la militancia y la dirección de Podemos

y su defensa de un Gobierno de cambio, frente a enormes presiones externas y también internas, lo que cambió para siempre la historia de España e hizo posible la formación del primer Gobierno de coalición con presencia de la izquierda en 80 años.

Hoy, Ciudadanos, un producto fabricado en los laboratorios de los dueños del país e hinchado por los poderes mediáticos, prácticamente ya no existe –ha sido reabsorbido por la matriz original, el PP– y Podemos forma parte del Gobierno de España.

Cuando el eje izquierda-derecha terminó de desplazar al eje nuevo-viejo y volvió a ser el clivaje fundamental ordenador de la política, y especialmente a partir de 2019, aparece otra fuerza de derecha, también procedente del PP: Vox, liderado por Santiago Abascal. Vox surge fundamentalmente como reacción a tres fenómenos: como reacción conservadora y autoritaria frente a Podemos, como reacción nacionalista, centralista y represiva frente al soberanismo e independentismo catalán y como reacción machista frente al movimiento feminista. Frente a la falsa idea de que la ultraderecha surge por culpa de los fracasos de la izquierda y de los movimientos democráticos, lo cierto es que la ultraderecha y los fascismos, según enseña la historia (y nuestra historia reciente de nuevo lo confirma), surgen precisamente como reacción en un contexto de transformaciones sociales. Surgen como resultado de los éxitos de la izquierda y de los movimientos populares, de las conquistas de las mujeres y de los avances democráticos de los pueblos. Vox, cuyas ideas han sido normalizadas y difundidas cada día por los principales poderes mediáticos del país, ha operado en los últimos años para marcar la agenda desde arriba, definir los temas de conversación, sembrar una violencia política y un miedo social que generase una pulsión conservadora, reforzar la antes descrita noción de “polarización” e inflamar el autoritarismo, el nacionalismo excluyente, la xenofobia, el machismo y la guerra de los penúltimos contra los últimos. Vox, que forma parte de un movimiento reaccionario internacional, ha operado para invertir el sujeto identificado como responsable del sufrimiento social; para intentar pasar de un sentido común, el post 15M, definido por una conciencia clara de que los responsables de la crisis eran los de arriba, a un sentido común que identificara a los más débiles y excluidos como los culpables de los problemas de la sociedad.

Las fuerzas democráticas hemos logrado mantener, por el momento, al bloque reaccionario PP-Vox lejos del Gobierno del Estado. Pero si hoy los grandes poderes mediáticos realinean sus lealtades en torno al PP, es también porque Vox ya ha cumplido en buena medida su función histórica: desplazar el sentido común en su conjunto hacia la derecha, incluido el de la propia izquierda.

De forma complementaria a estas intervenciones directas en el sistema de partidos con la creación de Ciudadanos y el impulso a Vox, y a la decisión resistencialista de repetir los comicios hasta el punto de celebrar cuatro elecciones generales en cuatro años, los adversarios de los intereses de la mayoría social han desplegado también todo un repertorio de acción anti-

democrática definido por el uso de métodos ilegítimos de intervención política, en particular dos: el ‘lawfare’ y el ‘mediafare’. El poder judicial y el poder mediático –precisamente aquellos dos espacios de poder en los que el bipartidismo se ha mantenido intacto– han sido utilizados de forma corrupta como las principales herramientas del poder para frenar las transformaciones hacia una mejor democracia y una mayor justicia social. En España, el ‘lawfare’ y el ‘mediafare’ se han concretado en la fabricación de toda clase de falsedades, difamaciones, causas judiciales sistemáticamente archivadas y todo tipo de imaginarios que sembraran en nuestro pueblo la idea de que sus adversarios no eran quienes llevaban gobernando 40 años, sino quienes no teníamos ningún poder y veníamos de las plazas para cambiar las cosas.

Entre las decenas de ejemplos de estas técnicas antidemocráticas que podrían ponerse, hay uno que condensa muchos de los ingredientes que se han puesto en juego: la fabricación, por parte de una policía política corrupta organizada por el PP desde el propio Gobierno, de documentos falsos que afirmaban que el presidente de Venezuela, Nicolás Maduro, había ingresado al entonces secretario general de Podemos, Pablo Iglesias, cientos de miles de dólares en una cuenta bancaria oculta en un paraíso fiscal. Estos documentos falsos fueron difundidos ampliamente por los grandes medios de comunicación a pocas semanas de las elecciones generales de 2016, también por la cadena de televisión supuestamente progresista, La Sexta, algo que quedó en evidencia a raíz del ‘Ferreragate’.

El ‘lawfare’ y el ‘mediafare’ no son únicamente problemas de nuestro país: forman parte de una dinámica antidemocrática global para destruir a las fuerzas del campo popular que opera en muchos otros países. Constituyen nuevas formas de golpismo del siglo XXI. Su existencia y eficacia nos impone a quienes trabajamos por la justicia social la tarea de democratizar el poder mediático para que deje de ser un monopolio en manos del poder económico, así como de entender que el poder judicial no es un poder tecnocrático neutral, sino un poder democrático, uno de los tres poderes del Estado que emana de la soberanía popular y que no puede ser secuestrado ilegítimamente, como aún hoy sucede en España, por una Internacional Reaccionaria a la que solo le vale la democracia cuando ganan ellos. Sin transformar el poder mediático y el poder judicial para que el primero represente la pluralidad democrática y el segundo la voluntad popular mayoritaria, seguiremos viviendo en democracias limitadas tal y como denunció el 15M.

Y, de nuevo, es Podemos la única fuerza política que sitúa estos elementos en el centro de la agenda, la única que los denuncia públicamente a pesar de los ataques y del enorme coste político que nos hacen pagar por ello, y la única que está dispuesta a llevar a cabo todas las acciones que sean necesarias para avanzar en este frente como condición de posibilidad para que haya una democracia en España que sea digna de tal nombre.

1.4 El feminismo

El feminismo es el movimiento político, democrático y transformador con mayor capacidad de movilización social, con mayor capacidad para generar debates públicos y, por tanto, con mayor potencia para dar lugar a cambios culturales profundos. Esta capacidad transformadora no es exclusiva del feminismo en nuestro país sino que se puede observar a nivel internacional, en tanto que está siendo la agenda feminista la que está respondiendo a los principales retos y crisis de nuestro tiempo: la crisis de los cuidados, la crisis climática, las desigualdades sociales o la necesidad de la democratización de los poderes del Estado. El feminismo no sólo está transformando las políticas públicas sino también impulsando una profunda transformación social y cultural con una potencia que no parece agotarse y que es muy difícil de revertir a pesar de la reacción.

Si bien la influencia del movimiento feminista ha sido continua en los últimos años, es imposible entender su absoluta centralidad sin el estallido de la cuarta ola, sin las movilizaciones por el derecho al aborto frente al Ministerio de Justicia en Madrid y sin el Tren de la Libertad que recorrió nuestro país, ambas en contra de la reforma del aborto de Gallardón. También sin el 'Ni Una Menos' de 2016 en Argentina, que desencadena las movilizaciones contra la violencia machista en el resto del mundo y que, en España, tuvo como resultado la firma del Pacto de Estado contra la violencia de género en 2017.

Estas movilizaciones son la antesala del estallido social feminista del año 2018 con la primera Huelga Feminista del Estado español que fue una huelga laboral, estudiantil y, por primera vez, de cuidados. La huelga fue un éxito, aunque en su momento solo recibió el apoyo explícito de un partido político dentro del hemisferio: Podemos. Y no solamente fue un éxito sino que, además, dio lugar al inicio de un periodo de importantes movilizaciones feministas. Tan solo un mes después del 8M de 2018, las calles de nuestro país volvieron a llenarse de mujeres, esta vez para denunciar la sentencia de la violación grupal de la Manada en Pamplona, que decía que eso era un simple abuso y no una agresión sexual. En las calles de nuestro país se pudieron escuchar tres consignas claras: "solo sí es sí", "hermana yo sí te creo" y "no es abuso, es agresión". Fue el movimiento feminista el que planteó la conversación sobre el consentimiento ya en el año 2018 y el que nos marcó el camino para desarrollar la Ley del solo sí es sí una vez que Podemos se hizo con el Ministerio de Igualdad.

Tras este periodo de movilizaciones, desde Podemos recogimos las demandas del movimiento feminista para llevarlas al BOE en el primer Gobierno de coalición de la historia de la democracia reciente. La movilización feminista trajo consigo un nuevo proyecto feminista que bebe de los debates de los feminismos populares y que, por primera vez en nuestro país, no se había fraguado únicamente entre teóricas y académicas, pues fueron las mujeres de los barrios organizadas en las asambleas las que consiguieron articular

la fuerza de las calles. Que este feminismo no estuviera únicamente teorizado por la academia hizo que se ampliase el foco y trajo consigo un paradigma en el que el sujeto del feminismo dejaron de ser sólo las mujeres blancas de clase media-alta con educación universitaria. Ese sujeto del feminismo se abrió también a las mujeres precarias, a las migrantes, a las racializadas, a las mujeres trans, a las lesbianas y a las bisexuales. Fueron estas mujeres las que reclamaron la centralidad en un feminismo que situase el “para todas, todo”, un feminismo que rompiese los techos de cristal, pero que también despegase a las que estaban en los suelos pegajosos barriendo los cristales rotos. Un feminismo que reconoce todas las opresiones y que pretende que todas seamos libres.

Este feminismo planteó una agenda de transformación política, social y económica ambiciosa. Reclamó los cuidados como labor fundamental para el sostenimiento de la vida y la sociedad, poniendo el foco en que este siempre había sido un trabajo invisible desarrollado por mujeres pero que, a pesar de todo, estaba en el centro del sostenimiento de la vida y, por lo tanto, reclamó la defensa del derecho al cuidado como una política feminista. Esta reclamación estaba ligada a una crítica al modo de organizar la vida que plantea al sistema capitalista y neoliberal, que es depredador de derechos, de las vidas y del Planeta. La capacidad transformadora de este estallido feminista permanece aún en nuestra sociedad y lo hemos visto durante estos años en movimientos como el ‘MeToo’, el ‘Cuéntalo’ y el ‘Se acabó’.

El bloque político que se construye a partir de 2015, y que tiene su expresión en el Parlamento con el fin del bipartidismo y a través de una mayoría progresista y plurinacional, no solo es feminista, sino que posiblemente no habría tenido la capacidad de mantenerse frente a la ofensiva de los poderes más reaccionarios, ni frente a las cesiones del PSOE a dichos poderes, si no hubiese sido –precisamente– gracias al empuje y la fuerza del movimiento feminista. Es decir que, muy posiblemente, como ha ocurrido en varios de los países de América Latina que tienen hoy gobiernos progresistas tras la emergencia de potentes procesos populares, no habría existido Gobierno de coalición sin la fuerza del feminismo en las calles y sin su impacto en el debate público.

Durante estos años de legislatura (2020-2023) el Ministerio de Igualdad, con Irene Montero a la cabeza, ha desarrollado una agenda política que ha bebido de las demandas del movimiento feminista y que ha supuesto un cambio de paradigma sobre lo que habían sido las políticas de igualdad previas. Esta agenda feminista no sólo ha situado a nuestro país a la vanguardia internacional en derechos de las mujeres. Además, es necesario recordar que el feminismo ha conseguido los mayores y más amplios acuerdos de la Cámara, no solo en el Pacto de Estado contra la violencia de género, sino también con la aprobación de varias leyes que han mostrado que la mayoría progresista y plurinacional ha sido siempre una mayoría feminista.

Frente a la potencia del feminismo ha habido y sigue habiendo, por supuesto, una reacción antifeminista. En todo el mundo, la ultraderecha, y en España también las derechas, han identificado el proyecto feminista como su principal adversario. Esto se debe a que han entendido perfectamente su potencia transformadora, en clave social, económica y política, han entendido que es el feminismo el único movimiento capaz de llevar a cabo transformaciones sociales profundas que hacen tambalearse las estructuras tradicionales, los múltiples órdenes naturales del “siempre ha sido así”. Esta reacción no ha cesado a lo largo de todos estos años, con una campaña permanente de mentiras, bulos y deslegitimación contra todos los avances feministas, y ha contado con el apoyo del poder mediático y también del poder judicial. A pesar de esta ofensiva, que hemos visto desde el inicio de la legislatura, pero que ha sido especialmente violenta contra la ley solo sí es sí, sigue habiendo una mayoría social en nuestro país que aprueba los cambios feministas que estamos desarrollando. A pesar de esta reacción, el feminismo sigue siendo el movimiento con más capacidad de transformación. Sin embargo, tanto el PSOE como parte del espacio político que configuraba Unidas Podemos han cedido ante las presiones de las derechas y se han sumado al falso mantra de que “el Ministerio de Igualdad ha ido demasiado lejos, ha corrido demasiado con los avances feministas”. Algo que el movimiento ‘Se acabó’, surgido como consecuencia del beso no consentido de Luis Rubiales a Jenni Hermoso, ha demostrado totalmente falso, dejando completamente claro que no hemos llevado a cabo sino precisamente las transformaciones que nuestra sociedad demanda. La doble victoria de las campeonas del mundo de la selección femenina de fútbol nos ha enseñado muchas cosas: que la inmensa mayoría de nuestra sociedad entiende perfectamente que, si no hay consentimiento, es agresión sexual, que solo se puede vencer si, cuando vienen a por una, la defendemos y nos defendemos juntas, y que Irene Montero y el Ministerio tenían razón.

Pero, además de nuestro trabajo político en las movilizaciones y en los parlamentos, en Podemos entendimos también desde el primer momento que no sólo debíamos ser feministas en las instituciones y en las calles, sino también en nuestra propia organización política.

Así, decidimos reforzar el peso de las mujeres en lugares de responsabilidad y también la tarea como feministas de transformar desde la estructura de nuestra propia organización, es decir, de acometer los cambios necesarios para garantizar el reparto de las responsabilidades, el apoyo a la formación de mujeres o el respeto de los tiempos de cara a la posibilidad de conciliar. Queremos formar parte de una organización política que se parezca más a la sociedad que queremos construir. Hoy en día la dirección de Podemos está ocupada mayoritariamente por mujeres y sus responsabilidades más importantes las asumen también las mujeres, ya que es central en nuestro proyecto estratégico seguir dando pasos hacia una sociedad más feminista.

Conscientes de todo lo que hemos conseguido y en un momento nuevamente decisivo, queremos mostrar nuestro firme compromiso de seguir desarrollando e impulsando una agenda feminista valiente y ambiciosa que avance aún más en las demandas feministas de nuestro país. Algo que estamos seguras que solamente se va a conseguir con un Podemos fuerte, autónomo y amplio, con responsabilidades de gobierno.

1.5 La crisis ecológica, la justicia social y la nueva economía

La victoria de la globalización capitalista neoliberal en los años 90, hoy en crisis, junto a la derrota circunstancial de experiencias sistémicas alternativas, borraron buena parte de los imaginarios de otros sistemas posibles. Hoy, por desgracia, todavía no hemos salido de ese ciclo histórico. En lo político y sociopolítico, con unas fuerzas progresistas occidentales que, en términos generales, asumieron que el margen de transformación se da necesariamente en el seno de las sociedades gobernadas por el mercado y al interior de un régimen de acumulación capitalista planteado como incuestionable, que sigue operando a pleno rendimiento y llevando a la humanidad a unos niveles de desigualdad nunca antes vistos y también, ya, a la propia destrucción del planeta Tierra.

En lo cultural, con imaginarios eminentemente centrados en la distopía, en un futuro que aparece como inevitablemente peor que el presente y en el que cada vez tendrá más sentido la abolición de la solidaridad y la máxima de “sálvese quien pueda”. Es imprescindible generar lo más pronto posible las condiciones para salir de ese ciclo histórico y, para eso, hacen falta fuerzas políticas valientes como Podemos que pongan encima de la mesa la necesidad de transformaciones profundas aunque estas puedan ser violentamente atacadas por el conjunto del sistema ideológico y mediático del *statu quo*.

En un contexto de crisis climática y ecológica sin precedentes, de grandes éxodos migratorios, de lucha por los recursos naturales y de desigualdad global extrema, todo ello provocado por los efectos de ese mismo sistema de acumulación capitalista, donde todo es mercancía y en el que el lucro de las elites está por encima de todo, hay algo que pocos dicen pero que todos y todas sabemos –excepto una ínfima minoría negacionista– : solo un enorme y profundo cambio político, económico y social, un cambio revolucionario, puede salvar a la humanidad del desastre. De lo contrario, es decir, si no estamos dispuestos o no conseguimos llevar a cabo ese cambio radical, nos dirigimos, en último término, a un mundo sin nosotros. La lucha por un sistema alternativo al capitalismo ha dejado ya de ser una cuestión únicamente de justicia y de derechos humanos para convertirse en una cuestión de supervivencia de la civilización humana.

En España, hace ya años que estamos viendo los indicios de lo que está por venir: una cantidad de fenómenos meteorológicos extremos como nunca antes habíamos visto –Filomena, las DANA, las olas de calor–, los veranos

más cálidos desde que hay registros (en España y en todo el mundo), la proliferación de incendios de nueva generación que destruyen nuestros bosques, el avance de la desertificación o las persistentes y graves sequías que no solamente son una amenaza para el sector primario, sino también para el suministro urbano. Las gravísimas consecuencias del calentamiento global ya están aquí y no vamos a conseguir proteger nuestro ecosistema y a nuestra población con medidas cosméticas. Es necesario acometer transformaciones radicales en la gestión material y productiva de nuestros recursos.

Además, es de vital importancia reconocer, analizar, verbalizar y llevar a la acción política que la crisis climática tiene un enorme componente de clase tanto en sus causas como en sus consecuencias. Por un lado, baste hacer notar que la huella de carbono y la cantidad de contaminación producida por un millonario es decenas, centenares o miles de veces la de una persona trabajadora. Un discurso que no reconozca este hecho indiscutible no solamente va a alienar a una buena parte de las clases populares y medias, haciendo que se alejen de la perspectiva de una transición ecológica (¿por qué voy a tener que gastar yo menos energía en mi piso de 60 m² si acabo de ver en la televisión a un futbolista que se ha comprado un Boeing 747 para viajar él solo?; ¿por qué voy a tener que aceptar yo restricciones de agua en mi pequeña explotación agrícola cuando a 20 km de aquí hay un regadío hiperintensivo, propiedad de un fondo buitre, que derrocha cantidades ingentes de agua regando todo el año variedades de secano?) sino que además, al errar en el análisis, no será capaz de generar las condiciones para implementar políticas públicas efectivas. Si hace falta reducir el consumo energético, la contaminación o el consumo de agua, habrá que empezar por aquellos que más derrochan, que más gases de efecto invernadero emiten, que más contaminan y que menos contribuyen al interés general. Hacerlo al revés pone en peligro el acompañamiento social que necesariamente deben tener transformaciones de esta magnitud y además no funciona. Por otro lado, es evidente que también hay un importante componente de clase en lo que se refiere a las consecuencias del calentamiento global. Es mucho más probable que una persona mayor fallezca a causa de una ola de calor si vive en un barrio humilde, en una vivienda vieja, mal aislada y sin aire acondicionado, que si hablamos de una persona de nivel socioeconómico alto. Es mucho más grave una larga sequía para una explotación agrícola familiar pequeña o mediana que para un gran latifundio propiedad de un fondo buitre, con mucho más músculo financiero y que tiene la posibilidad de deslocalizar la inversión. En el apartado de la adaptación y la mitigación de las consecuencias del calentamiento global esto es algo que también debemos tener en cuenta.

A todo esto tenemos que añadir el componente territorial. Es vital que la transición energética y ecológica que hemos de llevar a cabo sea respetuosa con el conjunto del territorio, muy especialmente con la España vaciada. De nuevo, no es viable política y socialmente que el aumento en la producción de energías renovables se realice a costa de agredir a los ecosistemas

y los paisajes, ocupando un cada vez más escaso suelo fértil o extrayendo la riqueza del territorio sin que sus habitantes formen parte del proceso. Aumentar de forma significativa la potencia eólica y fotovoltaica instalada en España, sí. Hacerlo profundizando en una dinámica extractiva y casi colonial que ha conseguido vaciar de personas y de oportunidades el 80% del territorio de nuestro país, no.

La transición que tenemos que hacer supone un enorme reto, pero es al mismo tiempo una gran oportunidad. España tiene todo lo que hay que tener para convertirse en líder mundial en la producción de energías renovables, así como todos los materiales y procesos en torno a ellas. Tenemos sol, viento, fuerza mareomotriz, tenemos una gran capacidad de innovación en las universidades y en los Organismos Públicos de Investigación (OPI) y una posición geográfica privilegiada, entre África y Europa, entre el océano Atlántico y el mar Mediterráneo. En ese desafiante camino, que puede llevar a nuestro país a la descarbonización total e incluso a ser un gran exportador neto de energía verde, se pueden crear cientos de miles de empleos de alto valor añadido y una enorme riqueza económica. Una transición como esta supone una gran oportunidad para pasar de una economía con pies de barro, basada fundamentalmente en el turismo y el sector servicios, a una nueva economía mucho más tecnológica, resiliente, innovadora e industrial. Pero, de nuevo, lo que sería del todo inaceptable es que esa revolución económica no sirviese también para reducir la precariedad y la pobreza que sufren millones de compatriotas. En esa senda de crecimiento, la reducción drástica de la desigualdad y el aumento decidido de la justicia social deben ser condiciones *sine qua non*.

Algo que también debe ocurrir en el contexto de todas las demás revoluciones económicas y tecnológicas de nuestra época. La revolución biomédica y de la biología molecular tiene que servir para que todas las personas, independientemente de su nivel económico, puedan tener acceso a las mejores terapias y a los fármacos más innovadores. Por otro lado, la revolución digital debe hacerse de forma que no deje a nadie atrás, con la necesaria formación para que todas las personas, de todas las edades, puedan aprovechar las oportunidades que este nuevo mundo ofrece, evitando que aumente la brecha digital y salvaguardando la atención presencial y humana en todos aquellos servicios y para todas aquellas personas que sea necesario. Además, hay que garantizar desde los poderes públicos que las libertades y los derechos humanos de la ciudadanía están protegidos frente a los malos usos que las grandes corporaciones ya están haciendo de la inteligencia artificial y de los algoritmos. Se debe impedir por ley y castigar severamente cualquier tipo de sesgo por razón étnica, médica, de edad, de discapacidad, de género o de orientación sexual que lleven a cabo estos mecanismos automatizados, se ha de garantizar la privacidad, la intimidad y la protección de los datos personales, y se ha de trabajar para evitar que poderes privados con intereses espurios puedan controlar la conversación digital mediante la captura de las redes sociales en los que ésta se produce. Asimismo, se ha de garantizar

la protección de la infancia y la adolescencia frente a dinámicas digitales inducidas que provocan problemas de salud mental y la destrucción de la propia autoestima, y se han de establecer todos los sistemas de ayudas y tarifas que sean necesarios para que nadie se quede excluido de las nuevas tecnologías. Por último, es muy importante que estemos vigilantes ante la utilización de herramientas digitales para precarizar las condiciones materiales de trabajo de las personas. La uberización de la economía es un proceso mediante el cual se nos vende como un avance tecnológico algo que no es otra cosa que la explotación de trabajadores a cargo de un algoritmo.

Esta justicia social con la que es indispensable que se desarrollen las grandes transformaciones económicas de nuestro tiempo se debe también alcanzar –de una vez por todas– en los ámbitos más clásicos. Nuestra sociedad no va a ser sostenible desde el punto de vista político y humano si no garantizamos derechos laborales y salarios decentes, ingresos mínimos para todas las personas –tengan la suerte de poder trabajar o no la tengan–, una vivienda digna y asequible para todas y todos (muy especialmente para las personas jóvenes que se quieran emancipar), una atención sanitaria y una educación públicas, universales y de calidad, un sistema estatal de cuidados que cubra la totalidad de las necesidades de asistencia de las personas dependientes y sus familias, y un sistema fiscal en el que las grandes fortunas y las grandes corporaciones paguen de una vez lo que les toca pagar para poder financiar los servicios públicos y la red de seguridad económica que nuestro pueblo se merece.

Para conseguir todo esto y conseguirlo de esta manera, hará falta enfrentarse de una manera decidida a todos esos poderes económicos que van a trabajar duramente para seguir acumulando riqueza de forma obscena a fuerza de explotar y condenar a la exclusión a amplísimas capas de la población. No se puede alcanzar un horizonte de verdadera prosperidad para todos y todas y de verdadera justicia social con sonrisas hacia los poderosos, pidiéndoles por favor que hagan aquello que sabemos que nunca van a hacer o prometiendo acuerdos con los que solamente saben pactar con los bancos que les guardan el botín en paraísos fiscales. O se confronta con esa clase parasitaria que no quiere que nada cambie, o se les disciplina desde el poder público y se reducen drásticamente sus privilegios, o la justicia social será siempre imposible. La desigualdad y la pobreza son decisiones políticas y Podemos quiere acabar con ambas.

Podemos es la fuerza política que tiene todo esto completamente claro y que está dispuesta a llevarlo a la práctica, aunque eso signifique el señalamiento, el daño reputacional, el ataque y la eliminación civil a cargo de los brazos políticos, judiciales y mediáticos de la minoría privilegiada y egoísta.

1.6 La nueva realidad internacional multipolar, la paz y el lugar de España en el mundo

El orden internacional surgido tras la caída del muro de Berlín ha colapsado. La hegemonía de EE. UU –que ha sido construida y sostenida por su poder duro y su poder blando– está atravesando una crisis profunda que está cambiando el mundo tal y como lo conocemos. El orden mundial que quedó reflejado tras el fin de la Guerra Fría con la distribución de poder dentro de las instituciones de gobernanza multilateral está hoy en descomposición y está siendo fuertemente cuestionado por la emergencia en los últimos años de nuevos actores que tienen la capacidad política de incidir y de competir. Es fundamental que cualquier fuerza política que pretenda ser transformadora de la realidad en el Estado español sea capaz de posicionarse con valentía y claridad respecto de esta nueva escena internacional y se atreva a fijar un rumbo firme y autónomo que sea compatible con la hoja de ruta que se establece a nivel doméstico.

Desde la elección de Donald Trump para la Casa Blanca, hemos visto como la Internacional Reaccionaria se ha coordinado y apoyado mutuamente para que la agenda ultra tenga acceso a los resortes de poder. Trump, Bolsonaro, Salvini y ahora Meloni, Orbán, Putin y Vox en España. La extrema derecha no siempre logra acceder a la sala de máquinas pero está logrando su principal objetivo: ser el centro de gravedad de la derecha, y así marcar los tiempos, las pautas y el discurso. La ultraderecha ha logrado contaminar a la derecha demócrata cristiana de toda la vida, que navega a la deriva, rehén de sus temas y propuestas. El consenso social y político que caracterizaba a los partidos democráticos de derechas en Europa y en el mundo ha saltado por los aires. La ultraderecha maneja los hilos, aunque a veces no gobierne.

En este contexto y al mismo tiempo, el multilateralismo se ha ido sustituyendo progresivamente en las últimas décadas por relaciones bilaterales que están terminando con las reglas internacionales de las que nos habíamos dotado. Ahora tenemos un escenario internacional cada vez más multipolar y menos democrático. El resultado es un desorden geopolítico con la emergencia de nuevas potencias mundiales y centros de poder regionales en disputa en muchas zonas del mundo.

La potencia mundial más evidente de todas es China, un gigante económico que ha trabajado para multiplicar su poder blando y duro, convirtiéndose en un inversor estratégico en África, disparando su gasto militar y desplegando su diplomacia de vacunas en todo el mundo.

A los grandes proyectos de carácter principalmente económico, como la Nueva Ruta de la Seda, se le unen objetivos culturales y diplomáticos con un liderazgo cada vez más relevante a partir de mediaciones de paz exitosas, como la realizada entre Arabia Saudí y Yemen, o la propuesta respecto a la guerra de Ucrania.

El sistema institucional de gobernanza multilateral encabezado por Naciones Unidas, cuestionado y paralizado por los enfrentamientos desde hace años, ha sido dejado de lado por una creciente hiperbilateralización estatal, por la propia rivalidad entre EE. UU. y China y por el desplazamiento del derecho internacional y los derechos humanos. El resultado es un sistema de gobernanza aún menos democrático que el anterior y que afecta a cuestiones tan fundamentales como la resolución dialogada de conflictos o la provisión de bienes públicos globales, como el agua o las vacunas. En este nuevo mundo multipolar, los actores privados ganan aún más relevancia y sueltan lastre de las amarras que el multilateralismo les acarrea. La concentración empresarial de capitales y mercados hace que acaparen ya tanto poder que en algunos países ponen en riesgo a las propias democracias, mientras que en otros impiden que millones de personas tengan cualquier tipo de vida digna.

En este escenario de descomposición de la hegemonía estadounidense y de la idea de democracia global, la Unión Europea se encuentra en un momento existencial en el que debe decidir qué papel quiere jugar en ese nuevo orden hacia el que camina el mundo: si erigirse como un actor global que pugne por esa democracia global y proteja su propia soberanía, o si permanecer como actor subalterno y reducida a lacayo de superpotencias. La Unión Europea lleva años arrastrando una profunda crisis de identidad y una falta acuciante de visión geopolítica. La crisis financiera y las políticas de austeridad que favorecieron la reacción autoritaria, la crisis del *Brexit* o las últimas crisis multidimensionales han golpeado duramente la idea de proyecto comunitario y los valores fundacionales europeos. Durante esos años, además, se reforzó progresivamente el grupo de países de Visegrado y, en general, el eje de partidos y gobiernos reaccionarios y de extrema derecha. En el continente del holocausto, los viejos y violentos monstruos están despertando de nuevo.

Aunque la reacción de la Unión Europea a la crisis económica derivada de la pandemia de la COVID-19 fue muy diferente a la que forzaron las instituciones comunitarias durante la crisis financiera, suspendiendo *sine die* la cláusula de estabilidad, mandando *de facto* a la papelera de la historia la receta cruel y fracasada de la austeridad neoliberal –quién nos lo hubiera dicho a los que nacimos políticamente peleando contra esa barbaridad mientras nos decían que no había alternativa–, mutualizando en cierto modo la deuda de los Estados miembros mediante la puesta en marcha de un importantísimo paquete de fondos europeos mancomunados o centralizando la compra de vacunas, todo el mundo sabe que el hecho de que los ‘hombres de negro’ estén temporalmente desaparecidos no significa que no puedan volver.

Por todo ello, es indispensable que exista en España una fuerza política como Podemos, que diga claramente que el proyecto europeo solamente será viable si no vuelve nunca más a agredir económicamente a los pueblos de Europa, si consigue establecer un verdadero cordón sanitario

al neofascismo, si reclama su autonomía geoestratégica, si rechaza estar subordinada a los intereses de Estados Unidos a través de la OTAN, si constituye a nuestro continente como tierra de libertad para las personas LGTBI, si abraza el proyecto político feminista, si deja de violar sistemáticamente los derechos humanos de las personas migrantes en nuestras fronteras y si pone la proa de forma valiente hacia la erradicación de la pobreza y la eliminación de las fuentes de energía de origen fósil. Ser europeísta es decir todas estas cosas alto y claro y trabajar duramente para su consecución. Cerrar los ojos, ponerse de perfil o incluso aplaudir las derivas que, más pronto que tarde, podrían llevar a la disolución del proyecto europeo es colocarse de forma irresponsable y trágica en el lado incorrecto de la historia. Otra Europa –más justa, más democrática, más social, más feminista, más verde– no solamente es posible; es la única opción que tiene algún tipo de futuro.

La crisis financiera de 2008 trajo consigo la crisis del propio modelo neoliberal en Europa y también en el conjunto del planeta. El colapso de un sistema que desde los años 80 solo ha servido para enriquecer aún más a unas elites económicas y destruir todo atisbo de justicia social y ecológica. Posteriormente, la pandemia de la COVID-19 evidenció nuestra dependencia de la importación de recursos estratégicos y la fragilidad de nuestros mecanismos de respuesta, poniendo encima de la mesa la necesidad de dotarnos de nuevos instrumentos y sistemas de cuidado. Más tarde, la guerra en Ucrania ha sacudido el tablero geopolítico, volviendo a traer la amenaza de las armas nucleares al centro de las relaciones internacionales y promoviendo el rearme y la militarización frente a la diplomacia.

En un escenario donde el discurso bélico coloniza todos los espacios mediáticos y amenaza con expulsar extramuros a los actores políticos que no comulguen con el dogma oficial, Podemos ha sido uno de los pocos actores internacionales que ha sido consistente en su compromiso con el legado histórico antibelicista de la izquierda. Mientras muchos claudicaban porque la presión mediática y el coste político eran altísimos, nosotros nos mantuvimos firmes. Podemos fue el único partido estatal y la única fuerza de Gobierno europea que dijo de manera clara y contundente que el envío de armas a Ucrania era un error, que teníamos que sentarnos y dialogar para construir una paz duradera. Fuimos el único partido que dijo de manera clara y contundente que era imprescindible apostar por la vía diplomática para poner fin a la guerra y construir la paz. Mientras pedíamos un alto al fuego para poner fin a la pérdida de miles de vidas, todos nos llamaban ingenuos y nos acusaban de putinistas (a pesar de que sabían perfectamente que el partido de Putin en España es Vox). Nos atacaron por tierra, mar y aire. Abríamos telediarios por decir la verdad. Nos machacaban con titulares para que cambiáramos de opinión. Un año y siete meses después, ya nos empiezan a dar la razón y apuntan que hay que construir la senda de la paz. Aunque al lobby armamentístico le gustaría, la guerra no puede ser eterna porque el coste humano es demasiado alto y la disrupción política y económica que genera es dañina. Este verano, hasta el Alto Representante

y vicepresidente de la Unión Europea, Josep Borrell, un personaje que ha liderado como pocos el discurso del furor bélico, ha admitido la necesidad de una cumbre sobre la paz en Ucrania a finales de septiembre.

Podemos es una fuerza política relativamente nueva, pero somos herederos de una tradición política y militante que tiene una larga vida, con raíces en todas las regiones del mundo y que es profundamente internacionalista. Nosotras sabemos que una victoria progresista en Brasil es una victoria también para nuestro pueblo, de la misma manera que sabemos que una derrota en Argentina es también nuestra. Y justamente porque somos parte de ese mismo legado político, sabemos que la transformación social, feminista y ecologista no es una tarea sencilla en nuestro tiempo, y debe hacerse con fuertes lazos, de la mano de los compañeros y compañeras que persiguen los mismos objetivos y pelean las mismas luchas en todos los rincones del planeta, muy especialmente en los países hermanos de América Latina.

La irrupción de Podemos en el tablero político español y su posterior llegada al Gobierno fueron vistas con enorme ilusión y esperanza por todos los actores políticos europeos y latinoamericanos de la izquierda transformadora. En la nueva época que se abre, aspiramos a renovar esa multitud de miradas esperanzadas desde todas partes hacia la España valiente y radicalmente democrática, hacia la España de la marea morada.

2. Podemos, la fuerza que transforma

2.1 Podemos es una forma de hacer política

Podemos es, más que ninguna otra cosa, una forma de hacer política. Durante mucho tiempo España había tenido una izquierda criada en otro tipo de cultura política. En Podemos, en cambio, tenemos una voluntad inequívoca de victoria y de transformación. Incluso ahora, cuando nuestra organización atraviesa uno de sus momentos más difíciles, nuestra voluntad de poder sigue intacta. No nos conformamos con haber sacado a la derecha del Gobierno del Estado para bastante tiempo, ni con haber construido el primer Gobierno de coalición progresista, ni siquiera con haber convertido a nuestro país en una referencia feminista y social para Europa y para el mundo. Aspiramos a ganar, no sólo siendo la fuerza mayoritaria del Gobierno del Estado sino, ante todo, transformando el sentido común de nuestra sociedad en un sentido feminista, ecologista, social y progresista. Ganar fortaleciendo nuestra democracia, haciendo que todas las personas tengan los mismos derechos y que todos los poderes del Estado obedezcan al pueblo.

Podemos es también la capacidad de resistir los ataques mediáticos, políticos y judiciales más furibundos para continuar las transformaciones. Podemos es la fuerza política de la gente que no se rinde, que en cada barrio y en cada ciudad de este país sabe que, cuando peleamos juntas, podemos convertir en posible lo que dicen que es imposible.

Y Podemos es la fuerza política que no deja caer a la gente que lucha por derechos para todas porque sabemos muy bien que transformar implica que quien ha tenido siempre el poder te haga pagar un gran coste, como saben las feministas, los y las sindicalistas, quienes han puesto el cuerpo para frenar desahucios o como sabían esas miles de personas que continúan enterradas de forma anónima en cunetas por haber defendido la democracia frente al autoritarismo. Podemos sabe que, ante los ataques del adversario por transformar, sólo cabe apoyarnos mutuamente y seguir peleando porque si no, quizás algunos compañeros puedan ‘prosperar’, pero entonces no quedará nadie para seguir dando las batallas justas.

2.2 El horizonte republicano

Podemos trabaja y trabajará por un horizonte político de medio plazo en el que España sea una república plurinacional donde la Jefatura del Estado sea elegida democráticamente y los distintos territorios encuentren un encaje con el conjunto del Estado que respete y valore su diversidad y garantice los derechos de todas las personas. Ese encaje, que deberá debatirse con los distintos territorios, podría adoptar la forma de una república federal o confederal.

Una Nueva República como proyecto de profundización democrática: no hay plenitud democrática si la soberanía popular no puede elegir a la persona que ocupa la Jefatura del Estado y si, por el contrario, se mantiene una monarquía que es el símbolo de la prevalencia de los poderes fácticos sobre la democracia, designada por un dictador genocida. Una Nueva República como proyecto de modernización económica: la monarquía española ha actuado como representante y embajadora de un determinado sector empresarial, que impide la dinamización de nuestra economía, cuya matriz de riqueza es la especulación inmobiliaria y la gran obra de concesión pública vinculada a la corrupción, frente a otros sectores con mayor valor económico, social y cultural a los que cabría apoyar. Una Nueva República como proyecto de unidad en la diversidad: frente a un modelo centralista monárquico que rompe España dividiéndola ideológica, generacional y territorialmente, una república plurinacional puede ser el horizonte que vuelva a convocar a los pueblos de España en un proyecto común que dure décadas.

Con todo, Podemos es ya republicanismo en la España de hoy. Podemos defiende de forma inequívoca lo público, que es lo que nos cuida y nos protege cuando las cosas se ponen difíciles. Lo público es lo que nos hace iguales en derechos. Es lo que hace que, independientemente del saldo que tengas en tu cuenta bancaria o los estudios de tus padres, recibas la mejor sanidad y la mejor educación posibles. Eso nos lleva a defender una sanidad, una educación y un sistema de cuidados públicos de la máxima calidad, y también una vivienda asequible para que todas las personas puedan acceder a una casa digna sin dedicar más del 30% de sus ingresos a ella.

Podemos es una fuerza feminista, que plantea la igualdad en derechos entre los hombres y las mujeres, así como una reorganización general del trabajo remunerado, con buenos salarios, y del trabajo de cuidados, para que todas tengamos derecho a cuidar y a ser cuidadas. Podemos defiende el derecho de las personas LGTBI a tener todos sus derechos garantizados.

Podemos es una fuerza ecologista, que quiere afrontar con valentía la emergencia climática que vive nuestro país y el mundo, porque no tenemos un planeta B. Podemos es una fuerza antirracista que sabe que en nuestro país existe una profunda brecha racial que genera injustas desigualdades a las personas racializadas y/o migradas. Y Podemos es también una fuerza animalista, que aspira a terminar con todas las formas de maltrato hacia los animales que perviven en nuestra sociedad.

2.3 Podemos ante la nueva etapa

2.3.1

Podemos es una fuerza de Gobierno que aspira a transformar desde todas las posiciones institucionales y sociales que ocupa. Estamos aquí para gobernar y para transformar profundamente las vidas de la gente. Queremos convencer a través de nuestra acción política diaria, cuando gobernamos, y también desde la oposición en las instituciones y en la calle.

Nuestro país y nuestro mundo necesita fuerzas transformadoras que estén a la altura de los cambios que son precisos y que estén dispuestas a defender los intereses de la mayoría social por fuerte que sea la reacción de sus adversarios. La existencia de una fuerza como la nuestra no es una voluntad de sus dirigentes, militantes o simpatizantes: es una necesidad del país y del conjunto de la sociedad.

2.3.2

La participación en gobiernos de coalición, sin confundirse ni subordinarse a fuerzas social-liberales, debe cumplir dos objetivos: avanzar en derechos y fortalecer, de esta forma, el apoyo social al cambio político.

2.3.3

Podemos es una fuerza política autónoma, que tendrá siempre su propia hoja de ruta, su programa, sus órganos de dirección y sus mecanismos de decisión protagonizados por la militancia y las y los inscritos. Podemos respeta a las demás fuerzas políticas y a las personas que militan en ellas y, precisamente por ello, en Podemos no existe la doble militancia.

2.3.4

Podemos seguirá cuidando sus alianzas con el resto de fuerzas del bloque democrático con el objetivo de impulsar transformaciones valientes y

ambiciosas, siempre desde su autonomía, así como con los sectores de la sociedad civil organizada que impulsan las luchas que nosotras compartimos: el movimiento por el derecho a la vivienda digna, por la sanidad y la educación públicas, por la regularización de las personas migrantes, los taxistas, las *kellys*, los y las pensionistas movilizadas, las personas jornaleras, el movimiento ecologista, los pequeños y medianos agricultores, las personas que viven en la España vaciada, los y las jóvenes que quieren tener un futuro, las personas con discapacidad y tantos otros.

2.3.5

Podemos trabajará para llegar a acuerdos electorales de unidad con todas aquellas fuerzas con las que se compartan determinados objetivos, siempre que: a) esto resulte útil, conveniente y eficaz desde el punto de vista político y electoral; b) exista respeto mutuo a la autonomía de las distintas fuerzas políticas que conformen la correspondiente coalición; c) las listas de la candidatura se conformen siempre mediante primarias abiertas sin restricciones y sin vetos.

2.3.6

Podemos arranca con el debate de este documento un proceso de participativo de fortalecimiento ideológico y organizativo para el nuevo ciclo que incluirá los siguientes elementos:

- a. Un programa de legislatura que actualice al momento presente nuestro proyecto de país.
- b. Un plan de fortalecimiento organizativo con claro protagonismo militante. En la nueva fase necesitamos todas las manos y toda la inteligencia de la gente de Podemos en la tarea de liderar el bloque progresista. Este plan incluirá planes autonómicos, provinciales, insulares y de círculo. Se crearán nuevos canales de participación política con foco en las y los militantes digitales. Se reforzará el protagonismo militante en todas las actividades de nuestra organización como la *'Uni de otoño'*, la *'Fiesta de la Primavera'* o el encuentro municipalista.

2.4 El protagonismo militante y de la sociedad civil

En esta nueva fase, en la que el trabajo social y cultural se vuelve si cabe más central en las tareas que tenemos por delante, estamos decididas, con medidas e iniciativas concretas, a cultivar, formar y fortalecer a nuestra militancia, el mayor tesoro de nuestra organización. Si Podemos ha sido el principal motor de los avances sociales y democráticos en nuestro país, si Podemos es “la fuerza que transforma”, es precisamente porque cuenta con la fuerza que transforma: la gente organizada.

Es un hecho que Podemos sigue siendo la fuerza política organizada más grande de España, la más democrática y la que tiene un mayor número de militantes activos, con primarias abiertas y con las votaciones internas más participadas del Estado, incluidas las dos fuerzas del bipartidismo. Frente a la antipolítica, el personalismo hueco, la retórica contra “los partidos” y los llamamientos a “superar las organizaciones” -un discurso nocivo y peligroso de desmembramiento social- hay que poner en valor y defender la organización y la militancia. Para ser una fuerza capaz de transformar una sociedad individualista no cabe reforzar el individualismo y estigmatizar a las organizaciones y a la gente que se junta con otras personas para cambiar las cosas. La sociedad no es una suma de individuos, como dice la retórica neoliberal. La sociedad se construye con instituciones, con tejido social, con organizaciones: esa es la fuerza que transforma.

Por ello, Podemos no comparte ni compartirá jamás el retorno a una vieja cultura política pre-15M de despacho y de dirigentes que llevan 30 años ocupando cargos públicos y orgánicos, ni tampoco una noción tecnocrática (o peor, aristocrática) del “gobierno de los mejores”. Por el contrario, Podemos mantendrá y profundizará la que es su seña de identidad: la participación democrática y el protagonismo militante, ciudadano y plebeyo, frente a las pulsiones elitistas y a las dinámicas antiparticipativas que, aunque transformadas en parte precisamente por nuestra irrupción –con la extensión de las primarias a algunas organizaciones–, siguen imperando en las principales fuerzas políticas de ámbito estatal que hoy buscan regresar a una situación previa a 2011.

En la misma línea, la nueva fase en la que entramos tras el ciclo electoral de 2023 requiere el refuerzo de las alianzas estratégicas que Podemos siempre ha tenido con la sociedad civil organizada que ha sido, y es, punta de lanza de las mejores transformaciones sociales, laborales, ecologistas y feministas. En todos estos años hemos visto cómo los sindicatos de inquilinas, el movimiento por el derecho a la vivienda digna, los *riders*, las *kellys*, los y las migrantes por la regularización, los y las pensionistas, los taxistas y un sinfín de colectivos sociales que se organizan al margen de las estructuras más formales de participación social han dado grandes lecciones de triunfos para la ciudadanía que nos mejoran como sociedad. Podemos siempre ha estado a su lado y, ahora, es fundamental que reforcemos nuestro apoyo, presencia y colaboración en estos movimientos sociales.



Podemos